



El ascensor detenido. La crisis de la movilidad social a través de la titulación*

*Alexis Romero Salazar***

Resumen

En este ensayo se recoge una reflexión en torno al papel de la educación en la reproducción de los sectores medios en Venezuela. Esta es hoy una temática importante pues la promoción del sistema educativo -como el principal instrumento de la movilización social vertical-, ha sido desde el principio elemento central de la estrategia de legitimación de nuestra democracia. El planteamiento es que la igualdad de oportunidades se garantiza a partir del libre acceso a la escuela y mediante la titulación. Los gobiernos de las décadas del 60' y 70' intentaron ser consecuentes con ello generando una importante infraestructura educativa. El resultado fue la creación de una amplia franja de clase media profesional, cuyos miembros provenían de familias de modestos ingresos y de muy bajo nivel educativo. Ahora bien, lograda la consolidación del sistema y en el marco de unas nuevas condiciones económicas, la ampliación de la clase media por vía de la educación entra en una fase de agotamiento, debido, por un lado, a la imposibilidad de los menos favorecidos de permanecer en la escuela -de cara a su urgencia vital- y, por otro lado, a los límites que actualmente se imponen a los nuevos titulados para alcanzar las condiciones de sus homólogos egresados en las primeras décadas de la democracia.

Palabras clave: Ascenso social, clase media, Educación.

* Este ensayo es resultado de la discusión en el Seminario Doctoral "Las Crisis del Siglo Veinte Venezolano", conducido por Manuel Caballero y realizado durante 1998 en el CENDES-UCV.

** Espacio Abierto. Universidad del Zulia. Aptado. 15288. Maracaibo. Venezuela.
E-mail: romeros@cantv.net

The Detained Elevator: The Educational Degree Social Mobility Crisis

Abstract

This essay is a reflection on the role of education in the formation of the middle class in Venezuela. This is an important and current theme, because the promotion of education as the principal instrument of upward social mobility has been, since the beginning of our democracy, a central element in its legitimization. The proposal is that equality of opportunity was guaranteed through free access to education and through educational degrees. The governments of the 60's and 70's tried to comply with this concept, generating a significant educational infrastructure. The result was the creation of a significant professional middle class, whose members came from low income families of low educational level. Nowadays, after having consolidated the system, and faced with a framework of new economic conditions, the growth of the middle class via education is entering a phase of inoperability, based, on the one hand, on the impossibility of the lower classes to maintain their children in school due to their critical economic situation, and, on the other hand, to the limits which are imposed on new graduates to reach the same economic levels and standards as their fellow graduates from former democratic decades.

Key words: Upward social mobility, middle class, education.

Introducción

Para darle concreción a su ideario, en lo que tenía que ver con la utilización de los recursos petroleros para producir la democratización social, los gobiernos venezolanos que se sucedieron desde 1959 impulsaron una enorme ampliación del aparato escolar. En cada caserío fue creada una escuela; se fortalecieron las llamadas "Escuelas Normales", donde se formaban los maestros; en las ciudades más grandes, donde había existido un liceo -cuando mucho dos-, se crearon seis y hasta diez; se organizaron nuevos institutos pedagógicos y comenzaron a aparecer en las universidades las Escuelas de Educación encargadas de graduar profesores para la educación media. De tres universidades en 1958 se pasó, en 20 años, a 17 y de menos de 12 mil matriculados en educación superior se llegó a más de 350 mil, en ese

mismo lapso. No queda duda del esfuerzo hecho en función del compromiso democratizador.

La educación fue un camino expedito para la modernización de la estructura social: un buen contingente de jóvenes, cuyos padres apenas si sabían leer o escribir, pudo obtener un título universitario. Ello era suficiente para pasar a integrarse a los sectores medios de la sociedad, caracterizados por un cierto nivel de consumo y un estilo de vida bien específico. Espacialmente, fue gente que se trasladó desde barrios populares o desde pequeños caseríos a recién construidas urbanizaciones de quintas o a conjuntos residenciales constituidos por modernos edificios. Gente que pudo adquirir, al menos, un vehículo -bien que tiene en nuestra sociedad un valor simbólico importante-. Fue, además, gente que pasó a formar parte de las élites del país: en lo académico, en los negocios, en la política, etc.

Ahora bien, el proceso de promoción y ampliación del actor social que es la clase media, cumplido durante los primeros veinte años de vigencia de la democracia representativa, comenzó a entrabarse en la medida en que se operaban importantes cambios socioeconómicos. Básicamente el problema se manifiesta en un doble movimiento, primero, la restricción del acceso a los sectores de más bajos recursos, -no por la existencia de una disposición que lo establezca, sino por la propia dinámica de la escolarización, los menos favorecidos económicamente son también los que tienen un capital cultural más precario y se van quedando en el camino- Por eso, la clientela de las actuales universidades nada tiene que ver con la de los años siguientes al '58: está constituida sobre todo por los hijos de quienes egresaron en aquel periodo, que poseen un status de clase media bien definido.

El segundo movimiento, se expresa en los límites que actualmente se imponen, a los ya titulados, para alcanzar las condiciones de aquellos de las décadas del '60 y '70, que apenas recién egresados conseguían un empleo bien remunerado y con prestigio social. Los nuevos profesionales deben luchar y esperar demasiado para lograr, con alguna suerte, adquirir un apartamento o un vehículo. De modo que concretar el status de clase media no es ya un asunto fácil.

Así, en nuestra estructura social los sectores medios comienzan a lucir envejecidos, dado que no hay nuevas incorporaciones. Entre otras razones, porque, con arreglo a su patrón reproductivo, el crecimiento vegetativo se acerca a cero, porque las parejas de profesionales tienen en promedio dos hijos, que son quienes logran sus títulos universitarios y no los hijos de trabajadores, campesinos y pescadores que lo hiciera en los años iniciales. En rigor, se trata de la conservación y no de la ampliación de los sectores profesionales.

El proceso descrito tiene lugar en un contexto en el cual los imperativos económicos -globalización, privatización, apertura, liberalización- plantean una recomposición social en términos de una dualización societal. Se producen dos tipos extremos de actores sociales: uno que encaja en la racionalidad eficientista, que desempeña roles en virtud de su formación especializada, próxima a sus pares de los centros desarrollados y que representa un agente reproductor de un modo de vida basado en el hedonismo (correlato del consumismo). Es además la expresión del sector formal de la economía y la sociedad.

El otro actor, se coloca en el plano de la informalidad, pues no tiene condiciones para la competencia, en razón de su deficiente formación; en razón de que son los excluidos del aparato escolar. Pero, aquí entran también los profesionales egresados del circuito de la escolarización empobrecida, incapacitados para incorporarse al sector moderno de la economía, dado que están llenos de carencias.

El ensayo tiene pues, el propósito de demostrar como la educación ha dejado de ser, en Venezuela, el medio más efectivo para el ascenso social; a cuyo fin se construyen los argumentos a partir de resultados de investigaciones ajenas y propias.

I. Subiendo.

Titulación: La creación de clases medias y la socialización en el consumo

Ciertamente la profundización del sentimiento igualitario del pueblo venezolano y la generación de condiciones para la convivencia democrática y para la modernización socioeconómica, fueron los elementos básicos y centrales del proyecto societal que comienza a perfilarse desde los años cuarenta y a impulsarse con fuerza a partir de 1958.

Era la manera como se concretaba, en algunos sectores de la élite, el anhelo de superación de la barbarie a través de la civilización, tema que en buena medida se expresó en la más representativa de nuestra novelística, la galleguiana. Se trató de un programa de transformación de una situación socioeconómica y cultural demasiado atrasada, en la cual la sociedad no tenía posibilidades de desarrollo.

Era una modernización movida por requerimientos sociales, distributivos y, por ello, más políticos que económicos que planteó la ruptura con la estructura social del latifundismo y el caudillismo. Aunque en el fondo la aspiración, además de incrementar el consumo de la población, era propiciar procesos económicos más complejos, lo cual era favorecido por el negocio petrolero. Aquí el papel del Estado se hace protagónico, en tanto la moderni-

zación es un programa político; correspondiéndole a los partidos un papel fundamental, tanto en lo que atañe a la movilización social como en el modelaje de nuestras instituciones. La sociedad venezolana será pues, construida desde el Estado; una sociedad más de consumidores que de productores, como señala Salamanca:

“Venezuela se hizo una sociedad moderna alrededor del gasto público. Lo que equivale a decir que estamos en presencia de una modernización rentista, en la medida en que a través del estado se transfieren hacia diversos sectores y en función de la transformación del contexto material, unos recursos valorizados a nivel internacional” (1997:159).

De modo que, como he dicho en otra parte, en el país hubo lugar a la formación de una hegemonía a partir de la constitución de un Sistema Estatal de Acción Histórica (Machado de Acedo, 1981), en virtud del cual el Estado se convierte en sujeto social, dotado de un grado más elevado de intervención en el modelaje de la sociedad. En este contexto tiene sentido la cristalización de un esquema de acumulación cuyo autor fundamental es el Estado, dada su capacidad fiscal y en razón del consiguiente fortalecimiento organizacional. (Romero Salazar, 1993).

Tanto por su compromiso de darle poder económico y capacidad adquisitiva a la sociedad, como para garantizarse su legitimidad, desde el 1958, en el marco de lo que Caballero designa como crisis del modelo cultural, los gobiernos ‘democráticos’ impondrán una lógica rentista, para lo cual aprovecharon el crecimiento económico producido durante la dictadura (1994). Se organiza el Estado democrático en un sistema de instituciones a través de las cuales se materializa el compromiso distribucionista, por la vía de la colocación de la renta petrolera. En este contexto, siendo que para la legitimación del proyecto era fundamental integrar a la población en valores comunes vinculados a la vida moderna y en democracia, a la educación le corresponde un papel de primer orden. Importancia que aumenta en relación a la necesidad de la formación de los recursos humanos para encarar la modernización del Estado y para darle concreción al desarrollo industrial propuesto.

Así, la política social fundamental es la educación, expresada en la estrategia populista de puertas abiertas, en un momento de urbanización acelerada, resultado del abandono de las zonas rurales por el mejoramiento de las condiciones educativas, sanitarias y habitacionales en las ciudades, por la concentración en ellas del gasto fiscal y de las inversiones promovidas con los recursos provenientes del negocio petrolero. De manera que, el país campesino hasta la mitad del siglo, en unos veinte años se transforma, teniendo ya en 1971 el 60% de su población viviendo en localidades de más de 20 mil habitantes, incluyendo un 40% localizado en ciudades de más de 100 mil. El

nivel de urbanización pasó de 34,7% en 1936 a 82,5% en 1980; es decir, se había más que duplicado (Valecillos, 1984). Obviamente, el cambio tuvo implicaciones importantes, algunas de las cuales se muestran a partir de los siguientes índices.

	1960	1980
Expectativas de vida (N° de años)	57	67
Tasa de Mortalidad Infantil (niños x 1000)	85	42
Habitantes por médico	1.510	930
Calorías por habitante y por día (% de lo requerido)	90	112
Grado de Alfabetización	63	82
<u>Población matriculada en Educación Superior</u>	1	21

FUENTE: Banco Mundial. Baptista, 1984.

El proceso urbanizador y la ampliación de las oportunidades educativas se dan de manera simultánea, apoyándose para la conformación de los sectores medios, y actuando como eficientes mecanismos distribucionistas. La educación propició así una incuestionable apertura social, dejando atrás el esquema de la enseñanza elitista y excluyente para lograr la homogeneización ¿u homologación? de grupos de diferente extracción social y con distintos antecedentes educativos (Bronfermajer et al., 1989).

El crecimiento matricular es tal, que, en poco más de diez años la cantidad de niños en sexto grado es 4 veces mayor (de 1959 a 1973); pasando la tasa de escolarización (general) de 10,34 en 1961 a 25,96 en 1980. Más notable es que en la educación superior se haya multiplicado por 13 el número de estudiantes.

Para 1981, el 90% de la población en edad de recibir educación primaria estaba en la escuela -porcentaje que para 1961 era de 79- y en educación superior, de cada 100 venezolanos 2 estaban estudiando, en contraste con 1961 cuando sólo el 0,3 lo hacía (Hung y Piñango, 1984).

Tal expansión de la matrícula fue auspiciada mediante el incremento de la proporción del Producto Territorial Bruto aplicado a la educación; que llegó desde 1.80% en 1959 al 3,61% en 1972; lo que significó la casi duplicación del porcentaje del Presupuesto de la Nación destinado al Ministerio de Educación -de 9,1% en 1959 a 17,5% en 1972-. Ello permitió el arribo a la escuela primaria de la mayoría (66%) de los niños cuyos padres apenas si tenían algún grado de educación primaria; implicando un notable cambio en el perfil de la fuerza de trabajo en sólo diez años (6,5%) con educación media en 1961 y 15,2% en 1971 (Laboratorio Educativo, 1975).

Modificaciones que necesariamente debían tener un profundo impacto en la estructura de clases; lo que es particularmente claro en la evolución de la educación superior en términos de población atendida, número de instituciones, magnitud del egreso, nivel educativo de los padres y perfil de la fuerza de trabajo. Asunto al que hay que prestar la mayor atención, pues es a este nivel y por vía de la titulación donde se promueve la creación de los sectores medios.

En relación a la evolución de la matrícula se puede manejar como dato fundamental el paso de 10.652 estudiantes en 1958 a 218.392 en 1977, con una Tasa de Crecimiento Interanual promedio de 16,72%. En eso se evidencia el interés prioritario en la Educación Superior como elemento legitimador, en tanto que para 1974, este sector consume el 40% del Presupuesto del Ministerio de Educación (contra 28,8% de Primaria y 31,1% de Media). Esta tendencia se mantiene tanto que en los seis años que van de 1973 a 1979 se pasa de 17 a 40 instituciones de educación superior. En el 1958 sólo existían 3 universidades y un Instituto Pedagógico (Laboratorio Educativo, 1975; Klubitschko, 1984).

El cambio del origen del estudiantado universitario en relación a la dictadura se pone en evidencia en relación al status ocupacional y al nivel educativo de los padres y en vinculación con su situación socioeconómica. Para 1975, el 77,9 de los padres se ubicaban en las categorías Trabajador Manual y No Manual Bajo, habiendo podido arribar a la universidad el 17,8%; lo que constituye un importante avance si se toma en cuenta que para 1959 el 66% de los padres eran analfabetas o sólo tenían un grado de primaria, en tanto el 7% había logrado graduarse en la universidad (Klubistchko, 1984).

En lo que corresponde a la situación socioeconómica, en 1975 la mayoría de los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela se encontraba en los estratos bajo, medio bajo y medio (83,20%), lo que demuestra una notable modificación si se considera que "en la universidad simple y restrictiva de los cincuenta, el grupo de los estudiantes de origen social medio bajo y bajo era prácticamente inexistente" (Klubistchko, 1984:174).

La apertura social por vía de la ampliación de las oportunidades educativas tendría su efecto, como era de esperarse, en la magnitud de los egresos. En los 19 años que van de 1961 (cuando se gradúan 1.865 estudiantes) hasta 1980 (año en que egresarían 12.549) serían titulados, según las estimaciones de Godoy Castro (1976), 121.061 universitarios, sólo por las 5 universidades nacionales autónomas, 1 universidad experimental, 2 institutos pedagógicos y 1 politécnico, sin contar las otras entidades experimentales. Es decir, el N° de egresos se multiplicaría por 6,5.

La incorporación de los egresados progresivamente va alterando el perfil de la fuerza de trabajo. La formación profesional de los empleados, prácticamente inexistente hasta 1957 y que es muy baja hasta 1963, cuando

apenas se inicia su desarrollo institucional, se hace intensa desde 1964 hasta 1978. En 1961 la fuerza laboral (91,7% de ella) apenas si tenía educación primaria (47,9% analfabeta y sin nivel y 43,8% con sexto grado); mientras que en 1980 este grupo se había reducido al 64,4% (14,9% y 49,5% respectivamente), (Hung y Piñango, 1984). La participación de los egresados universitarios en la fuerza de trabajo pasó de un 1,8% a un 6,3%. Tales modificaciones, por el alto status ocupacional de los egresados universitarios de esos años, contribuyeron la integración cultural de la población y con la legitimación del sistema político.

Ciertamente, ello se produce en el marco de una socialización en el consumo y de un aprendizaje de ciudadanía. Es que a los hijos de campesinos y de artesanos -de modesta condición de habitantes de pequeñas localidades o de barrios de las capitales- ahora se les concreta la posibilidad de acceder a dos tipos de bienes o propiedades que les estaban negadas a sus progenitores: los vehículos y las casas -quintas o apartamentos- en zonas residenciales restrictivas para las mayorías. Los profesionales universitarios de los años que siguen al '61 y que llegan al '84, pudieron comprar un carro casi iniciando su primer empleo; entre otras cosas porque la relación entre su sueldo y la cuota mensual que había que pagar por aquel lo permitía. La remuneración mensual promedio para un profesional alcanzaba, para 1969, los 2 mil bolívares; siendo el precio de un vehículo nuevo -pongamos un Mustang último modelo- más o menos 20 mil bolívares; es decir, bastaba con reunir el sueldo de 10 meses para adquirirlo de contado. La cuota mensual, si el financiamiento era por 36 meses, estaba por el orden de los 550 bolívares. Esto era facilitado por la sobrevaloración de nuestra moneda; con una paridad de 4,30 por cada dólar. Esta relación entre la remuneración y el precio de los vehículos, con algunas variaciones, fue más o menos la misma hasta 1980.

En lo que respecta a las viviendas, la relación era similar; teniendo en cuenta que hasta la entrada de los '80, una casa-quinta en las mejores urbanizaciones de Caracas, Maracaibo y Barquisimeto no superaba los 500 mil bolívares y los planes de financiamiento eran a 20 años.

Y las ciudades comenzaron a llenarse de conjuntos residenciales; con casas en cuyos garajes había dos carros. Y los dueños iniciaron nuevos hábitos de consumo y de vida, cambiando, en consecuencia el patrón reproductivo y la organización de los grupos: la llamada familia extendida es, a partir de allí, cosa de los sectores más carenciados de los escasos caseríos campesinos y de los barrios. Se trata de "familias nuevas", -no exentas de los conflictos que implica la transición-, puesto que sus condiciones socioeconómicas y socioculturales poco tienen que ver con las privaciones de sus grupos de origen. Gracias a la movilización social promovida mediante el aprovechamiento de la circunstancia petrolera. Gracias al título.

II. Quedado en el entropiso: El vacío de futuro

En el caso venezolano la población no había abandonado las actividades agrícolas para incorporarse a las fábricas, sino para ligarse al sector servicios, que es operado básicamente desde el Estado. El intento industrializador de los años sesenta no pudo ser concretado y el fracaso del esquema de sustitución de importaciones fue respondido con el compromiso de incrementar el papel del Estado. Claro, para ello se contaba con los recursos petroleros, enormemente aumentados en los primeros años de la década de los setenta; sobre todo a partir de la nacionalización, que permitió el financiamiento de múltiples actividades productivas y otras que no lo eran tanto o nada.

La gestión económica del Estado, planteada en términos de contribución a la recuperación del sector privado y realizada a través de una gran cantidad de empresas y organismos, fue conduciendo a un callejón con pocas salidas, en un contexto en el cual los precios petroleros se estaban ajustando. Vino la recesión, creció el desempleo y la nación se endeudó para mantener el nivel de consumo, después que las importaciones superaron a las exportaciones.

Y apareció el inédito fenómeno de la inflación; el crecimiento económico se hizo negativo, a pesar de los niveles elevados de gasto público y de los precios del petróleo que se incrementaron de nuevo. Ocurrió entonces el llamado Viernes Negro -18 de Febrero de 1983- fecha de la devaluación de nuestra moneda frente al dólar.

Así que ya no era posible continuar profundizando el proceso modernizador con el cual se garantizó la legitimación del sistema durante las dos primeras décadas. Y se produjo un desfase entre las expectativas sociales que aquellas modificaciones generaron y la capacidad actual del Estado para procurar su satisfacción, dado que de aquellos años había surgido una nueva estructura social, cuya cohesión ideológica corría a cargo de las clases medias urbanas, que eran el principal "producto" de la acción democratizadora, que ahora colapsa. Este sector, sostén y agente reproductor del esquema social instaurado, comenzó a vivir el deterioro de su estilo de vida, que se había erigido en el símbolo de los de "abajo".

De modo que la movilización social iniciada en los sesenta luce detenida, al entrabarse su principal mecanismo; cubierta la fase expansiva de la educación; y en la complejidad de las actuales circunstancias económicas y sociopolíticas.

Ciertamente los últimos años han visto como se estabiliza la matrícula, cuyo aumento interanual obedece ahora al proporcional crecimiento de la población en edad escolar, habiendo cambiado la tendencia al fuerte incre-

mento de las tasas de escolarización en primaria y media. En el caso del nivel primario la tasa había pasado de 56,28% en 1961 a 61,43% en 1971 y a 86,10% en 1980, bajando a 82,9% en 1995. En media, la tasa había evolucionado desde 10,34% en 1961, a 21,81% en 1971 y a 25,96% en 1980, para reducirse en 1985 a 14,1%, acercándose al nivel de escolarización con el que arrancó el esfuerzo modernizador. (Brofenmajer, et al, 1989; García Guadilla, 1996).

Hay otros indicadores del estancamiento de la escolarización, tales el número de locales y aulas construidas y el gasto del gobierno en educación. En relación a lo primero la conclusión es definitiva: hasta mediados de los '70 se procuró dotar a cada institución de un local más o menos adecuado para sus funciones; desde aquella época, a través de FEDE sólo se hacen reparaciones o ampliaciones a los existentes; por lo que al respecto sería ocioso la presentación de cifras comparativas. Baste la constatación de que después de aquella masiva dotación de escuelas en los caseríos y barriadas, producida en los años sesenta, muy raramente aparece hoy una edificación de esa naturaleza.

La evolución del financiamiento también es un aspecto fundamental de la demostración de que la fase expansiva hace rato llegó a su final. Al respecto se tiene que del gasto total del gobierno el porcentaje destinado a la educación se mantiene estancado, ya que desde 1981 hasta 1994 ha representado el mismo 15%, habiendo sido en 1959 el 9,1% y después de haber alcanzado en 1972 un 17,5% (Laboratorio Educativo, 1975; García Guadilla, 1996).

Estos son elementos importantes para mostrar como se fueron imponiendo límites a la movilización social; sin embargo, un análisis más cualitativo -basado en los números, pero más allá de ellos- de la dinámica de la escolarización requiere que se le preste atención a ciertos fenómenos como la deserción, la repitencia y la prosecución, que aportan otras perspectivas.

El caso es que en el país, independientemente de los esfuerzos realizados en los últimos años, a través de mecanismos orientados a retener en la escuela a los niños de los sectores más desfavorecidos económicamente -recuérdese la Beca Alimentaria- se hizo crónico el abandono o la exclusión temprana. De manera que a la cantidad de jóvenes que no acceden a la escuela hay que agregarles los que se van quedando en el camino y cuyo registro histórico promedio para los últimos años, en educación primaria es del 10%, mientras que en media es de 20%. Así va haciéndose "normal" que en el lapso de cada 5 años más de dos millones de estudiantes dejen la escuela o el liceo.

Dado que pertenecen a los estratos bajos, son personas que han perdido la oportunidad del ascenso social por lo menos por vía de la titulación. Lo

que se pone de manifiesto en la sobre representación de estos sectores en los niveles más bajos de la escala ocupacional. Tal vez ello tenga alguna conexión con la buhonerización de la mano de obra, en razón de que es a las actividades informales que ocupan al 41,5% de la Población Económicamente Activa, donde van a dar los excluidos del aparato escolar que no logran alguna calificación.

Esta es apenas una de las formas como viene operando la selección social y es también solamente uno de los mecanismos que contrarían el ideal democratizador, cuyo compromiso fue promover mediante la educación a las personas de los estratos más bajos, logrando la mesocratización de la sociedad.

La otra forma está constituida por el privilegio de la educación superior que contradice al discurso democratizador, pues implica restarle apoyo a la política más popular de la universalización de la educación básica y media.

La matrícula del nivel superior, que en 1977 ascendía a 218.392 estudiantes, llegó en 1994 a 601.100; con una tasa de escolarización que pasó de 19,8% en 1975 a 31,4% en 1994. La ampliación matricular cuya tendencia se ha mantenido durante los casi cuarenta años de la democracia, ha requerido de un aporte presupuestario que en 1994 representó el 43,62% de los gastos que el gobierno hizo en educación. (Colocándose a la cabeza de los países de América Latina en ese respecto, por encima de Brasil con 35,5%, de Nicaragua con 33,91% y de Colombia con 19,98%), (Brofenmajer, et al, 1989; García Guadilla, 1996).

En ello se muestra la capacidad de las clases medias -que son el producto de la etapa expansiva de la educación- para institucionalizar sus intereses; puesto que constituyen el sector que resulta favorecido de jerarquización que se hace de la educación superior. Ello es particularmente claro si se atiende a indicadores tales como la situación ocupacional, el nivel educativo y el status socioeconómico de los padres de los estudiantes universitarios.

En lo que tiene que ver con el oficio o la profesión del padre, ya en 1985 la investigación de Angulo y Castro, para la Universidad Central de Venezuela, mostró el predominio del estrato alto -médicos, ingenieros, profesores universitarios, etc.- que hacía el 50,6%; en tanto el estrato bajo, que en 1975 ocupaba el 77,9%, se redujo a un 47,4%. Por otro lado, también para la UCV, en 1985 se tiene que el 50% de los padres había terminado la educación media y el 27,6% tenía un título universitario, contra el 3,5% sin ningún nivel de escolaridad. Diez años antes el grupo de los padres profesionales universitarios llegaba al 16,9% y al 17,4% los que habían concluido la media (Angulo y Castro, 1990; Klubitschko, 1984).

Agregando a estas variables otras, como el tipo y tenencia de la vivienda, zona de residencia, pertenencia de la familia a grupos de élites, Angulo y

Castro señalan que no hay duda con respecto a la pertenencia de los actuales estudiantes de la UCV, a los sectores medios.

Apoyándome en el valor de 52,24% del **Índice de Status Socioeconómico** que calculé para la Universidad del Zulia en 1995, sin ningún temor suscribo la conclusión de Angulo y Castro:

“La población estudiantil analizada, nacida en la democracia, muestra por la vía de la familia, la propia naturaleza y formas de evolución que ha comportado el modelo político del país y dentro de éste, el proceso de acceso y de ampliación de la participación de los sectores medios y altos a los niveles de ubicación de las élites del país, a los espacios y centros de decisión tanto en la esfera política, como en el campo científico-profesional, e inclusive hasta en lo que respecta a la élite expresada en el clero” (1990:183).

La consecuencia de tal predominio es la congelación de la movilización social que se había iniciado con la urbanización y con la política de puertas abiertas en la educación; siendo que el principal mecanismo de promoción, definitivamente, opera según la lógica de la mesocratización de la educación superior, imponiéndole límites a la profundización de la democratización de la estructura social. Eso es lo que ha ocurrido al irse restringiendo el acceso de los sectores de menos recursos, tanto por la lógica de la exclusión que actúa en los niveles de la educación primaria y media, como por el privilegio a la educación superior, cuyo beneficiarias son las clases medias. Se trata de la reproducción de aquellas, mediante un proceso que Bronfemajer y Casanova y Zalcman (1989) califican de “reelitización de la educación”. Reproducción, casi biológica, de élites, que altera el ideal de la masificación del bienestar a través de la ampliación del consumo. Lo peor, en un contexto donde aún prevalece el discurso populista. Tal vez esa sea la razón para que ni la población, ni los pocos estudiantes y los, aún menos, egresados pertenecientes a los estratos bajos, capten la lógica de la exclusión social que los saca del ascensor.

El asunto consiste en lo siguiente: es cierto que en la etapa de expansión la posibilidad de obtener el título universitario y de acceder a posiciones importantes dependía más del tiempo de permanencia, que de los antecedentes sociales y educativos, en condiciones de una baja oferta de educados. Pero, habiéndose modificado la situación, al producirse una sobreoferta, las posibilidades de éxito pasan a vincularse a la calidad de la enseñanza recibida, a los antecedentes y a los logros escolares acumulados. Y es aquí donde pesan las posiciones educativas adquiridas previamente por la familia. Como dicen Bronfemajer y Casanova: “los hijos de los profesionales universitarios tienen, por ejemplo, mayores ventajas acumuladas, y en consecuencia, mayores probabilidades de éxito que los de un pequeño comerciante sin antecedentes educativos” (1986:90).

No puede ser de otra manera si el recorrido escolar del último se inició en una escuela primaria pública con una muy deficiente conducción académica, donde la acción pedagógica se centra en el maestro y con unos programas que no se cumplen. Se trata de un individuo que pasa por la educación media y llega a la universidad a través de un proceso de "acumulación de carencias" -lo que deja de aprender en cada período y en cada nivel educativo.

Es que la escolarización se cumple en circuitos diferentes; a uno de los cuales se incorporan los privilegiados -entre ellos los hijos de quienes en las primeras décadas adquirieron status de clase media- que acumulan saberes.

De esta forma, si es que algunos de los jóvenes de los estratos bajos logran titularse, tienen cerradas las puertas a las posiciones importantes, en lo que tiene que ver con el status, la profesión, el conocimiento y la acreditación. Así, la función democratizadora de la educación aparece agotada, en tanto se ha transformado en un mecanismo de reproducción de posiciones de clase.

Desde otra perspectiva, la referida a la posibilidad de materializar el status de clase media, se puede decir que concluir una carrera universitaria les garantiza muy poco a los hijos de trabajadores modestos, de pequeños comerciantes y de artesanos. Pongámoslo en términos del acceso a los tipos de bienes que simbolizan la pertenencia a los sectores medios: los vehículos, las casas o apartamentos en urbanizaciones de prestigio. Para los profesionales que laboran en el sector público el sueldo mínimo, hasta 1996, alcanzaba los 52 mil bolívares; siendo el precio promedio de los carros más modestos de 5 millones de bolívares -que es 96 veces más que su remuneración (hasta 1983 sólo era 10 veces mayor). Si tuvieran que pagarlo por cuotas, a 36 meses, tendrían que cancelar por cada una alrededor de 150 mil bolívares, que es tres veces el sueldo.

Y el precio de una modesta vivienda ascendía, en 1996, por lo menos, a 20 millones de bolívares. Así, los profesionales cuyo origen social no pudo ser modificado durante la fase expansiva, ven liquidadas las posibilidades de abandonar el hogar de sus padres, colocándose en la situación de "arriados" si se les ocurre tener familia. No sería demasiado atrevido afirmar que sus condiciones de vida serán peores que los de aquellos.

La frustración de sus expectativas de ascenso social se monta en el fracaso del "efecto demostración" de aquellos que en los años sesenta y setenta, desde abajo, llegaron a la élite.

Epílogo: No vendrán los bomberos

A pesar de los esfuerzos de algunos otros sectores -a favor o en contra- al Estado venezolano al que ha correspondido -como ha sido en el último

siglo- la principal responsabilidad en el impulso de la reforma económica. Es a él a quien le ha tocado la creación de las condiciones para la internacionalización, auspiciando una recomposición orientada al logro de la eficiencia, la productividad y la competencia. Ello significa la radicalización de la mercantilización de las relaciones sociales, produciendo una polarización clasista.

Hay lugar básicamente para dos tipos de actores sociales. Uno que representa la racionalidad eficientista, en virtud de su especializada formación próxima a la de sus pares de los países desarrollados. Son quienes pudieron asimilar saberes en el circuito de la excelencia escolar.

El otro actor social es aquel que ha sido colocado en el espacio informal, pues su participación en la competencia es cada vez más difícil. Aquí entran los excluidos del sistema escolar y el proletariado profesional que no llena los requerimientos del sector moderno de la economía. Son aquellos que sólo acumularon carencias.

En el marco de esa extrema polarización social, ya no hay creación de nuevas clases medias. Quienes alcanzaron ese status en el período expansivo, lucharán para incorporarse al sector hegemónico, aprovechando su privilegiada posición.

Referencias Bibliográficas

- ANGULO, M. y CASTRO, G. (1990) **La Juventud Universitaria de los años '80** (El caso de los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela. UCV. Caracas.
- BAPTISTA, A. (1984) Más allá del Optimismo y el Pesimismo: Las transformaciones fundamentales del país. En NAIM, Moisés y PIÑANGO, Ramón: **El Caso Venezuela: una Ilusión de Armonía**. Ediciones IESA. Caracas.
- BROFENMAJER, G. y CASANOVA, R. (1986) **La Diferencia Escolar**. CENDES. Caracas.
- BROFENMAJER, G.; CASANOVA, R. y ZALCMAN, E. (1989) **De la Modernidad**. Alfadil Ediciones. Caracas.
- CABALLERO, M. (1994) **Cambios en las Ideas y la Mentalidad del Venezolano en el Siglo Veinte**. Balance del Siglo XX Venezolano. Editorial Grijalbo. Caracas.
- GARCIA GUADILLA, C. (1996) **Situación y principales dinámicas de transformación de la educación superior en América Latina**. Ediciones CRE-SALC/UNESCO. Caracas.
- GODOY CASTRO, R. (1976) **Educación y Recursos Humanos en Venezuela**. UCV. Caracas.
- HUNG, L. y PIÑANGO, R. (1984) ¿Crisis de la Educación o crisis del Optimismo y el Igualitarismo? En: NAIM, Moisés y PIÑANGO, Ramón: **El caso Venezuela: Una Ilusión de Armonía**. Ediciones IESA. Caracas.
- KLUBITSCHKO, D. (1984) El Origen Social de los Estudiantes Universitarios. El caso de Venezuela. En GRACIARENA, Jorge y otros: **Universidad y Desarrollo en América Latina y el Caribe**. Unesco-Cresalc. Caracas.

- LABORATORIO EDUCATIVO (1975) **Primera Hipótesis para un estudio del sistema escolar en Venezuela.** Cuadernos de Educación N° 28 y 29. Caracas.
- MACHADO de ACEDO, C.; PLAZA, E. y PACHECO, E. (1996) **Estado y Grupos Económicos en Venezuela.** Editorial Ateneo de Caracas.
- ROMERO SALAZAR, A. (1993) **Los Rigores de la Urgencia.** Ediciones Contextos. Maracaibo.
- ROMERO SALAZAR, A. (1997) **Características Socioeconómicas y Académicas de los Estudiantes de la Universidad del Zulia.** Trabajo Final del Seminario Doctoral: Teorías Sociales Emergentes y Educación Superior Comparada. CENDES. Caracas.
- SALAMANCA, L. (1997) **Crisis de la Modernización y Crisis de la democracia en Venezuela.** UCV. Caracas.
- VALECILLOS, H. (1984) La Dinámica de la Población y del Empleo en la Venezuela del Siglo XX. En: NAIM, Moisés y PIÑANGO, Ramón. **El Caso Venezuela: una Ilusión de Armonía.** Ediciones IESA. Caracas.